

El "otro" amor de Gabriela Mistral

Meira Delmar
Poetisa colombiana

Cuando en 1978 apareció en Santiago de Chile el libro *Cartas de amor de Gabriela Mistral*, con el subtítulo siguiente: *Introducción, recopilación, iconografía y notas*, de Sergio Fernández Larraín, hubo en el país austral un escalofrío de sorpresa, asombro, incertidumbre, una especie de sismo que rápidamente fue ampliando su onda expansiva hasta abarcar toda la América Latina.

El libro, fruto de una minuciosa labor de búsqueda, investigación, rastreo y seguimiento, cumplida durante años por el autor, despejaba, no una sino varias incógnitas tras las cuales la biografía de la poetisa había sido difuminada desde sus comienzos y permanecido oculta no obstante su condición de patrimonio de la Humanidad, como suele serlo la vida de todo gran artista. El valor del trabajo de Fernández Larraín era irrecusable, y aunque su publicación pudo ser juzgada en su momento como una indebida intromisión en la intimidad de la poetisa, dicha consideración perdió fuerza ante el hecho comprobado de que su imagen emergía de aquellas páginas más rica y plena, más acorde con su personalidad fuerte y definida, su carácter de firmes lineamientos. Y desde entonces la obra se ha convertido en el camino mejor trazado para acercarse un poco más al mundo de Gabriela Mistral.

La vida y la escritura de la ilustre chilena han sido, tanto antes como después de su muerte, objeto de estudio a todo lo largo y ancho del mapa, con mayor énfasis, naturalmente, en el continente americano. Y no puede considerarse fallido el empeño, si tenemos

en cuenta estos datos que vamos a señalar brevemente.

Con motivo del Homenaje a su memoria, realizado en Washington, en el Salón de las Américas de la Unión Panamericana, el 8 de febrero de 1957, año de su muerte, el Departamento de Asuntos Culturales de aquella entidad recogió los trabajos leídos en tal ocasión junto con una extensa bibliografía sobre ella, reunida pacientemente en un largo lapso que alcanza a 1956. El listado consta de 506 títulos, lo que da una idea de su importancia, y reposa en la biblioteca conmemorativa de Colón, de la Unión Panamericana.

Si anotamos que este precioso fondo pertenece a una sola institución, es fácil imaginar cuán extenso ha de ser el acervo de estudios existentes en torno a la figura extraordinaria de la poetisa, así como deducir que todo cuanto con ella toca, ha de ser del conocimiento de una inmensa minoría en la hora actual.

Una fugaz mirada a su parábola vital nos la muestra desde sus comienzos de pequeña maestra rural en La Compañía, aldea del Valle de Elqui, hasta su posición como consejera y colaboradora en la reforma educativa realizada en Méjico, adonde fuera llamada por el notable pensador José Vasconcelos, Ministro de Educación en el gobierno del Presidente General Obregón. Por las mismas fechas, 1921-1922, don Federico de Onís, profesor de Literatura Española en la Universidad de Columbia, en Nueva York, maravillado por aquella voz, aquel acento en todo diferente de cuantos conocía, decidió, con el apoyo entusiasta

del Instituto de las Españas y el consentimiento de la autora, publicar su obra aún dispersa en diarios y revistas, en un volumen que llevaría el nombre de *Desolación*. El libro, de inmediato, despertó el mayor interés en los medios literarios de habla castellana, y su difusión fue en aumento día por día. Se decía de él, lo menos, que era una milagrosa revelación: Gabriela, sin sospecharlo, acababa de entrar a la inmortalidad. Y, deteniéndose aquí por un instante, ¿hay alguien por ventura que desconozca la magnitud de su creación, la singularidad de su idioma poético en el que la palabra parece haber sido inventada por ella, dotada de un mágico don? Sentimos, leyéndola, que su voz es "otra", que se alza, única, entre muchas de las que crecen en el entorno de su tiempo, y a fe que no son de menospreciar algunas de ellas, altas y enjundiosas, que iluminan y embellecen el frondoso árbol de la lírica hispanoamericana.

Es, la de Gabriela, una poesía sola, sin antes ni después, un timbre singular por la manera de nombrar lo que ven sus ojos, lo que roza su tacto, lo que esconde su pecho, lo que

gime en su dolor. Luego de leerla, ya no somos los mismos: algo agudo y caliente nos ha abierto una herida no sabemos dónde.

Espiguemos -manes de Ruth- en su trigal en el que el oro abunda, y recordemos, un tanto al azar, unos pocos versos:

*Dios no quiere que tú tengas
sol si conmigo no marchas.*

*Dios no quiere que tú bebas
si yo no tiemblo en tu agua:
no consiente que tú duermas
sino en mi trenza ahuecada*

*El besó a la otra
a orillas del mar;
resbaló en las olas
la luna de azahar.
;Y no untó mi sangre
la extensión del mar!*

*Padre nuestro que estás en los Cielos
;Por qué te has olvidado de mí?
Te acordaste del fruto en febrero*

Hay una especie de vacío con el que no es fácil conformarse.

Algo así como la pieza sin la cual el **enigma no alcanza a ser resuelto** y deja en suspenso la conclusión del juego.

Es lo que se refiere a la presencia del amor en la existencia de **Gabriela Mistral**.

¿Cuándo sintió su llamado?

¿Cómo concebía su disfrute o su padecimiento?

¿Cuántas veces encendió su sangre la pasión?

¿Cuál fue realmente su primer amor?

¿Cuál su gran amor...?

• — • — • — • — • — • —

al llagarse su pulpa rubí.

*¡Llevo abierto también mi costado
y no quieres mirar hacia mí!*

*Y amar, bien sabes de eso, es amargo
ejercicio*

*un mantener los párpados de lágrimas
mojados,
un refrescar de besos las trenzas del cilicio
conservando bajo ellas los ojos extasiados.*

*¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo
tuyo
y mío allá en los días del éxtasis ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron de
tu arrullo
y un ancho resplandor creció sobre mi frente.*

Por último, de "Amor amor":

*Te echa venda de lino; tú la venda toleras.
Te ofrece el brazo cálido, no le sabes huir.
Echa a andar, tú le sigues hechizada
aunque vieras
¡que eso para en morir!*

Retomemos el hilo de su cotidiano existir. Ya a los catorce años publicaba versos y prosas cortas en *El Coquimbo* y *El Valle de Elquí*, periódicos de La Serena y Vicuña respectivamente, para, con el paso del tiempo llegar a ser solicitada por los más famosos diarios de España y Suramérica, que consideraban un singular privilegio contar con el aval de su firma prestigiosa.

Recordemos, otrosí, que el corro de niñas que giraba en su derredor allá en el Valle de Elquí, se había ido trocando en áureo anillo de amigos entrañables, cada uno de ellos cifra muy alta del pensamiento y del arte universales. ¿Acaso no eran ellos, entre otros, Rubén Darío, Amado Nervo, Henry Bergson, Paul Claudel, Paul Valéry, Rafael Heliodoro Valle, Alfonso Reyes, Pedro Salinas?

Igualmente sabemos que al nacer trajo en la frente el signo de la tragedia: en la Grecia de los mitos así se lo habría anunciado el Oráculo.

Mas también tuvo de aliada la Gloria: en los numerosos países donde transcurrieron muchos de sus años, dejó siempre la huella de su genio y de su espíritu claro de toda claridad. Se la nombraba con devoción ilímite, y una estela de admiración la seguía fielmente, como sigue la espuma el paso majestuoso de la nave que surca el mar.

Al serle concedido en 1945 el Premio Nobel de Literatura -que por vez primera recaía en Nuestramérica- hubo un consenso unánime en los cinco continentes, y la decisión fue considerada uno de los mayores aciertos de la Academia Sueca en su larga trayectoria. Con este reconocimiento de repercusión mundial, se afianzaba aún más, si se quiere, la grandeza de la escritora.

Todo esto pertenece a su historia, y en cierto modo un poco también a los que hemos aprendido a amarla hondamente.

Pero -aparece ahora el casi siempre inevitable "pero"- algo falta en el relato que antecede.

Hay una especie de vacío con el que no es fácil conformarse. Algo así como la pieza sin la cual el enigma no alcanza a ser resuelto y deja en suspenso la conclusión del juego. Es lo que se refiere a la presencia del amor en la existencia de Gabriela Mistral. ¿Cuándo sintió su llamado? ¿Cómo concebía su disfrute o su padecimiento? ¿Cuántas veces encendió su sangre la pasión? ¿Cuál fue realmente su primer amor? ¿Cuál su gran amor...? Esto es lo que descubre Sergio Fernández Larraín en el penetrante libro mencionado al principio del presente ensayo. Guiándonos por la luz que arroja, podemos otear el itinerario sentimental de la poetisa.

El primer amor

En 1905, con sólo 16 años, Lucila Godoy asume el cargo de maestra en la escuela de una

pequeña población: La Compañía. Conoce allí, casi enseguida, al que despertará su corazón. Se trata de Alfredo Videla Pineda, de rancio abolengo, en el que se cuenta fundadores de ciudades, puntales de la patria. Al borde de la cuarentena, de gallarda estampa es no sólo pintor destacado sino pianista reconocido como brillante intérprete de Chopin. Gozaba o padecía fama de seductor... ¿Es de extrañar, por tanto, que la adolescente que ya escribía versos románticos se sintiese atraída por alguien con tales atributos? El romance floreció rápidamente en fugaces encuentros. Iban juntos al teatro en La Serena o en Coquimbo -la actividad cultural tuvo bien temprano amplio campo de acción en Chile, no sólo en la capital sino también en la provincia-, disfrutaban la amistad que suele unir los temperamentos afines. Sin embargo, antes de lo que hubiera podido esperarse, la joven maestra decide terminar con aquella relación, de la que apenas restan unas cuantas cartas. Algo en la actitud de Videla debió impulsarla a poner fin al idilio. ¿Quiso él, acaso, sumarla al número de sus conquistas? Es lo que sugiere la lectura de la epístola que ella le dirige en 1906, en el aparte que dice: "... para merecer el respeto del mundo no tengo más que mi honra, la riqueza de la mujer pobre".

Se cierra así el capítulo que abre la vida amorosa de Lucila Godoy.

El amor trágico

Llega luego a La Cantera en 1906 ó 1907, cuando contaba 16 ó 17 años; "un día de astros" -como lo calificaría después- encuentra a Romelio Ureta, perteneciente por línea paterna a la mejor aristocracia criolla. Laura Rodig, la famosa escultora amiga de Gabriela, lo describe como "un muchacho encantador, muy correcto en todo, muy bien parecido, más bien alto, delgado, de tez muy blanca y cabellos oscuros. Muy querido de los que le trataron y muy buen camarada". Surge entre la maestra

y el joven empleado de los Ferrocarriles un romance en el que parece haber sido ella la que pusiera todo el amor. A esa certidumbre han llegado los investigadores de la crítica empeñados en clarificar cuanto se muestre dudoso en aquella relación. Lo cierto es que en 1909, año del suicidio de Romelio Ureta, éste, distanciado hacía tiempo de Gabriela, se hallaba próximo a contraer matrimonio con Clementina Herrera, distinguida dama de la región. Esta circunstancia desvirtúa la creencia en los nexos que han querido encontrar entre el fin del idilio y el trágico suceso. En verdad, nada tuvo que ver lo uno con lo otro, como pasados muchos años, lo afirmara Gabriela en numerosas ocasiones.

El motivo real de la fatídica determinación fue la dolorosa imposibilidad en que hubo de verse Romelio Ureta para reponer oportunamente la suma de dinero que, en un acto de imprudencia había tomado de la Caja de la Empresa donde trabajaba, para ayudar a su íntimo amigo Carlos Omar Barros, acosado por una urgencia inaplazable. Sintiendo atrapado y ante la perspectiva de perder su honor, el joven optó por quitarse la vida de un pistolazo en la sien.

Más que el amor que los uniera, es esta muerte lo que obsesiona a la inspirada a partir de entonces. Bendita obsesión si tenemos que gracias a ella surgieron creaciones eternas de la poesía universal: que no otra cosa son *El Ruego*, *Interrogaciones*, *Los sonetos de la muerte*. Con estos últimos obtuvo, en los Juegos Florales organizados por la Unión de Escritores de Chile, y celebrados el 22 de diciembre de 1914 en el Teatro Santiago de la capital, obtuvo, repetimos, la "Flor Natural", la "Medalla de Oro" y la "Corona de Laurel", los tres galardones que debía conceder el jurado presidido por don Manuel Magallanes Moure, poeta esclarecido y Director de la Sociedad de Artistas y Escritores de Chile. La muchacha del Valle de Elqui no subió al escenario a recibir el premio:

semioculta en el balcón, escuchó la lectura de sus versos de labios del consagrado poeta Víctor Domingo Silva, al término de la cual una tempestad de aplausos rompió el silencio expectante y conmovido.

A partir de esa memorable reunión y hasta el día de hoy, más de ocho décadas después, encontradas opiniones se enfrentan al abordar el dilema de cuánto hay de verdad real y cuánto de verdad irisada de ensueño en los poemas de amor y dolor de la gran poetisa. Intelectuales y estudiosos de la altura de Julio Saavedra Molina, cuyos enjundiosos trabajos conforman, resumidos, la introducción a las Poesías Completas de Gabriela Mistral en la Colección Premio Nobel de Aguilar, por una parte, y Augusto Iglesias, académico e investigador infatigable por la otra, han divulgado sus conceptos sobre el particular. Siendo abiertamente opuestos, ofrecen -aunque suene un sí es no es paradójico- igual margen de credibilidad. El primero, apuesta por la rigurosa exactitud histórica de lo que allí se dice, mientras el segundo esgrime la tesis de la imaginación sobre lo vivido.

Valga aquí pensar que, ateniéndonos a la teoría del justo medio, acertaríamos casi que con seguridad al conceder y aceptar que estos poemas estelares participan en igual proporción de la realidad y de la fantasía. El amor y el dolor fueron tangibles: se diría que aún sangran. Mas es innegable que sobre ellos pasa, como un vuelo de ángeles, la ilusión.

El "otro" amor

Nos acercamos por fin al "otro" amor de Gabriela Mistral, el profundo amor, el deslumbrante amor que por diez años llenó hasta el borde la copa de su intensa vida. Fue él, Manuel Magallanes Moure, a quien ya alcanzamos a conocer vagamente la noche iluminada de los Juegos Florales, cuando lo encontramos al frente del Jurado que juzgara a la poetisa merecedora impar de la máxima presea. Una

atenta mirada a la historia de la literatura chilena nos lo descubre como "uno de los más finos y delicados líricos cuyos versos diáfanos y tristes cantaron dulcemente la vida y el amor". La descripción espiritual armoniza a la perfección con la imagen física del poeta, de quien diría la misma Gabriela en artículo aparecido en *El Mercurio* de Santiago, tres años después de muerto: "Cualquier raza habría adoptado con gusto esta pieza de lujo".

Nacido en La Sirena en 1878, vive en la casa solariega de la familia su niñez y su adolescencia, y al cumplir los 19 años, ya fallecidos los padres, se instala con sus hermanos en Santiago e ingresa al Instituto Nacional, donde estudia por corto tiempo. Se acoge luego, acorde con sus inclinaciones, a la Escuela de Bellas Artes, y ya diplomado en Dibujo y Pintura, continúa su actividad literaria cultivando la poesía, el teatro, la crítica, el periodismo. Se destaca asimismo en la política. Empieza a publicar sus versos, que encuentran entusiasta acogida. Se le festeja, se le distingue, y pronto se le sitúa entre las más altas voces de la poética de Chile.

Y para respaldar estos dones, la Naturaleza lo dotó con la bella estampa que nos sorprende en los retratos y a la que hace referencia el escritor Fernando Santiván con estas palabras: "Emanaban de su persona elasticidad y fuerza temperadas por un vaho de somnolencia felina que lo envolvía en sobria distinción. Y fuera eso, asomaba en el rostro pálido, ligeramente dorado por el sol, entre la fina enredadera de la barba moruna, la sonrisa acogedora de los rientes ojos castaños".

Contrajo matrimonio en 1903 con su prima Amalia Vila Magallanes, a quien había admirado desde niño y a quien dedicara sus primeros versos. Amalia Vila, diez años mayor que él, supo darle un hogar feliz, donde reinaba la armonía, y se había constituido, gracias a su ambiente acogedor y tranquilo, en el refugio propio para el desarrollo de sus actividades



intelectuales y artísticas. Pocas veces se aleja de lo que considerará su mundo ideal. Una de ellas al emprender el viaje a Europa, para recorrer España, Italia, Francia y Alemania, y acendrar así su muy vasta cultura.

A su regreso, de nuevo en su predilecta Quinta de San Bernardo, su residencia habitual, retoma el hilo de los días, y se le verá en ocasiones vagar por las calles del pueblo solo, sumido en sus pensamientos, hasta el anochecer. El 19 de enero de 1924, a los cuarenta y cinco años, tras una dolorosa agonía, una angina de pecho lo llevó a la tumba. El cortejo fúnebre lo formaron sus amigos poetas y las gentes humildes a las que favoreció en todo tiempo con generosa simpatía.

Esbozadas ligeramente las vidas visibles de Gabriela y Magallanes Moure, dejemos que aquí y ahora se escuchen algunos interrogantes: ¿cómo, dónde, cuándo descubrieron estos dos seres de excepción que el amor los unía, los había unido quizás aún antes de su arribo a la

tierra? No hay hitos que ayuden a seguirles el paso y apenas una que otra señal nos guían en búsqueda.

Al día siguiente de su resonante triunfo en los Juegos Florales del 22 de diciembre de 1914, Gabriela, refiriéndose a la ceremonia de la noche anterior, se dirige al poeta -que, como sabemos, ha presidido el jurado que la escogiera como ganadora- en estos términos: "Manuel: fui sólo por oírlo. No por oír mis versos, no por aquello de los aplausos de la multitud; por oír a usted, por eso fui",

Y más adelante: "Si al menos lo hubiera visto. Pero no aún eso. ¿Es esto un símbolo?"

¿No hay acaso en estas frases un sentimiento que sobrepasa ya la amistad que antes cultivaran? ¿No son el atisbo temprano de lo que vendrá después, el río desbordado de un amor que tomará los visos de una pasión incontenible? En efecto, nace entonces una nutrida correspondencia que por casi diez años los mantuvo unidos en una comunicación, comunión,

mejor, que los lleva a sentirse un solo ser indivisible. De 1913 a 1921 se entrecruzan más de un centenar de cartas, de las que únicamente las de ella se salvaron para la posteridad. Su lectura nos confirma la certeza de que Manuel Magallanes Moure fue el gran amor de Gabriela, el amor sin límites, tormentoso a veces, capaz de resurgir, como el ave fénix de las cenizas, de los eclipses y desvíos que pudieron un día u otro atentar contra su luminosa persistencia. Algo aún. Al margen de su constante tónica amorosa, las cartas mencionadas son, en sí mismas, un documento invaluable para el acercamiento a la fascinante personalidad de su autora.

Se presiente su misticismo cuando confía al amado: “El estado de exaltación en el que florece la oración lo llevo yo a veces todo un día. ¿No ha pensado usted nunca que la fe sea un estado de vibración especial en el cual hay que ponerse para que el prodigio se haga en nosotros o se haga dentro de nosotros...?”

“Mi corazón y mi pensamiento son una llama que clamorea al cielo por trepar hasta Dios”.

Y tenemos luego su apego a la tierra natal, de la que dice como en un encantamiento: “fui más que todo por ver la cordillera. ¡Qué maravilla de esplendor, Manuel, y qué dulcificación, por la nieve espesa, de todo lo agrio y agudo! Y me crié en Monte Grande, el penúltimo pueblo del Valle de Elqui. Una montaña al frente y otra a la espalda, y el valle estrechísimo y prodigioso entre ellas; el río, treinta casitas y viñas, viñas. De 3 a 11 años viví en Monte Grande, y ese tiempo y el de maestra rural me hicieron el alma...”

Y está igualmente su recio carácter, su solidaridad con las víctimas de cualquier injusticia: “Es lástima ver, Manuel, el criterio que rige el reparto de empleos, la absoluta indiferencia por las aptitudes y el desprecio - esto sobre todo- hacia la calidad de los individuos... Un mal se han hecho y han hecho al conjunto los artistas: han admitido las situaciones hu-

millantes, empleos de clase íntima, y no han tratado de imponerse por medio de una asociación respetable”.

Su capacidad de ternura, de perdón, tan absolutos como su apasionamiento: “Sé que querré tenerte en mis brazos como un niño, que querré que me trates así, como un niño a la madre, desde la tibieza de mi regazo...”

La imagen que nos queda es la de una mujer cabal, profundamente humana, una mujer de carne y hueso, sin menoscabo de la vibrante llama espiritual que dentro de ella arde, incandescente.

Poco después de las primeras misivas, se arriesga a estampar en el papel su secreto: “He aquí que me detuve en el camino a beber y que mis ojos se enamoraron de la fuente más pura. Esta fuente era ajena pero quería dar su cristal. Los hombres que acusen y que lapiden; Dios quizá perdone por las heridas que daban a la viajera la fiebre que la llevó a beber. Manuel, ¿se acusa usted? Yo no lo acusaré nunca. Abracémonos renegando del error fatal de la vida, pero amémonos mucho, porque este dolor de ser culpables sólo puede ahogarse con mucho, mucho amor”. Ciertamente, sólo con mucho amor podrían sobrellevar el castigo de saber que todo los separa: él está felizmente casado y Gabriela, por su parte, con una severa formación moral, sentirá siempre un indeclinable respeto por el sacro vínculo del matrimonio eclesial.

De algunas de las cartas que comentamos se desprende que en un momento dado la poetisa, ante la ardiente insistencia de Magallanes Moure en llevar la relación hasta el punto de la unión total, cuerpo y alma, resuelve, -por lo menos en principio- ceder. Es cuando expresa: “Verdad es, Manuel, que tengo de la unión física de los seres, imágenes brutales en la mente que me la hacen aborrecible. Pero te creo capaz de borrar me del espíritu este concepto brutal porque porque tú tienes, Manuel, un poder maravilloso para exaltar la belleza allí don-

de es pobre y crearla donde no existe. A través de tu habla apasionada y magnífica, todas las zonas del amor me parecen fragantes e iluminadas. Tu esfuerzo es capaz, creo, de matarme las imágenes que me hacen el amor sensual cosa canalla y salvaje... Si me convences de que tú no serás mío en absoluto sino cuando ese abrazo se haya consumado, entonces yo no podré negar la parte más necesaria a eso que tú crees afianzamiento, y más que otra cosa no podré tolerar que haya una porción de emoción en ti que me haya quedado ajena por esta negación mía a darme del todo”.

Y también: “Te adoro, amado mío y me vence este raciocinio: Si la zona de amor que en mí no halla va a buscarla en otra parte, ¿no habría torpeza y maldad en mí al negársela? Me vence este raciocinio. Siénteme tuya, no dudes, no me arrebatas nada, todo lo tuyo, me digo, es justo que me sepa a encantamiento y a dicha. Manuel, te amo inmensamente”. Nada, más que el silencio, puede seguir a esta confesión conmovedora.

Ahora bien: ¿alcanzó aquel idilio su plenitud, como lo anhelaba febrilmente el poeta del rostro agareno, o siguió siendo tan sólo, una vez más en los avatares del amor, reencarnación del eterno desencuentro? Esta es la pregunta sin respuesta que seguirá flotando interminablemente en el aire del misterio.

De 1918 a 1920, en un lapso de dos años, se hace entre los amantes un extraño silencio, un paréntesis en el que se pierden sin dejar huella, noticias vagas o comprobables de aventuras galantes en las que el poeta -habría que mencionar aquí el *eterno masculino*- se viese involucrado, posiblemente cartas que alguna mano piadosa hiciera desaparecer.

Sin embargo, como el alba tras la noche, llega la reconciliación y ambos reanudan el epistolario. En mayo de 1921, Gabriela se encuentra dirigiendo un Liceo de Niñas en Santiago, y en agosto envía a Magallanes la que será su última misiva, acompañada por el

poema “Balada”, que se convierte así en la elegía que va a sellar la despedida. En noviembre del mismo año el poeta parte hacia el Viejo Continente, y en 1922 es Gabriela la que deja patria rumbo a Méjico donde, acogida con todos los honores, cumplirá compromisos relacionados con su noble oficio. Arranca allí su carrera triunfal por todas las regiones del mundo, periplo que sólo tuvo fin con su partida definitiva, ocurrida el día 10 de enero de 1957 en la ciudad de Nueva York.

Entre tanto, Manuel Magallanes Moure, de vuelta a su tierra después de haber recibido los aplausos de numerosos cenáculos literarios europeos, reemprende su entrega a la letras.

Entre ellos se habían tendido cielos, mares, lejanías, tal vez una niebla de llanto. No volverán a verse nunca más. Aquel embrujo que los salvó del olvido que trae consigo el tiempo, se fue apagando lentamente, pero en sus almas, donde quiera se encuentren, debe seguir viviendo, pura, la llama inextinguible de su amor.

Barranquilla, 1998.

hojas Universitarias.....

